

Encuentro de culturas

"[...] veamos la cuestión del denominado 'Descubrimiento de América' en relación con el llamado 'encuentro de culturas'.

La nutrida polémica que aquella cuestión ha levantado y no desde ahora, ha surgido, en buena medida, de la ambigüedad del discurso, la que no es además casual sino que deriva de posiciones no siempre suficientemente explícitas. Por otra parte, hay una serie de lugares comunes establecidos con verdades que integran al mundo cotidiano de valoraciones, fruto de políticas culturales impuestas a través de la escuela pública, y de otros organismos educativos, que ha sembrado en las mentes más de un absurdo. Lógicamente que este hecho no ha sido uniforme ni en el tiempo, ni en todas las naciones de habla castellana, en función de factores diversos que no es del caso enumerar aquí. De todas maneras, pocos discursos han alcanzado en ciertos momentos y aun dentro de algunas tradiciones, la carga ideológica que ha mostrado ésta del "Descubrimiento". Pensemos, por ejemplo, en lo que fue la "celebración" del Cuarto Centenario, en 1892 y lo que ha sido y es dentro de ciertas academias, la historiografía hispanista. En nuestros días nuevas voces, despertadas luego de un largo silencio de siglos han venido, entre otros factores, a cuestionar fuertemente aquellos lugares comunes.

Este cambio se ha puesto de manifiesto en un hecho que no se había presentado antes y que se caracteriza por las dudas, los rechazos y la cautela con las que los diversos estado han decidido participar del próximo Centenario. Por de pronto nadie habla de "celebrar" ni de "festejar", que esa fue la tónica de las conmemoraciones realizadas en 1892. No se queda, sin embargo, todo en eso en cuanto que lo que se ha venido planteando desde hace ya tiempo es si verdaderamente cabe hablar de un "descubrimiento". Al respecto basta con recordar los escritos de O'Gorman y su teoría de la "invención" de América. Por cierto que es trivial afirmar, después de las razones del escritor mexicano, que no puede decirse que América fuera "descubierta" en aquel 12 de octubre de 1492. A esa crítica se han agregado todavía otra más fuertes. En efecto,



Arturo Andrés Roig, filósofo argentino nacido en 1922. Es director de la revista *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, editada por el Instituto de Ciencias Sociales, Humanas y Ambientales del CONICET.

aceptado que a la larga se haya dado un “descubrimiento” ¿lo fue realmente? ¿No se produjo, como ha dicho Leopoldo Zea, a la vez un “encubrimiento”, por lo mismo que se trató de un fenómeno de colonización que vino a postergar definitivamente el crecimiento social y espiritual de grandes culturas, o simplemente a destruirlas? En función de esa misma idea del “encubrimiento” se ha rechazado la propuesta de hablar de un “encuentro de culturas”, por lo mismo que se puede probar la profundidad del “desencuentro”, tan brutal como lo fue para todas las poblaciones del globo colonizadas por la Europa de la época. Así, ni “encuentro de dos mundos”, ni “encuentro de dos culturas” resultan ser expresiones aceptables, en particular si se tiene presente la desigualdad de relación entre los pretendidos “mundos” y “culturas”, sometidos a lo contrario de lo que se quiere significar, a saber, la “aculturación”, fenómeno que en sus formas extremas llegó a los límites de “muerte cultural” y, en tal sentido, de etnocidio.

Por otra parte, si las antiguas poblaciones americanas y las que se formaron por obra del mestizaje se beneficiaron del nivel tecnológico alcanzado por la Europa de la época, fácil es comprender que tal beneficio tenía, sobre todo para las primeras, su costo y bien elevado ciertamente. En efecto, en ningún momento la relación dejó de ser de explotación y de ganancia y el trato funcionó permanentemente dentro del sistema de relaciones establecidas entre una metrópoli y sus colonias. Ante este hecho, por cierto que no cuadra una “celebración”, con lo que ciertamente no pretendemos ignorar ni despreciar aquellos aspectos culturales de origen hispánico que integran nuestra propia cultura. Renunciar a ellos o añorar mundos perdidos sería absurdo. Sin perjuicio de regresar a lo que acabamos de decir y a efectos de comprender de un modo más matizado tan compleja situación, es importante tener en cuenta que no todas las poblaciones que vivieron la colonización posterior a la conquista, fueron objeto de los mismos niveles de explotación y que no todas sufrieron las formas de aculturación y hasta de exterminio que padecieron otras. Entre los metropolitanos (los europeos españoles) y los colonizados (los indígenas), estaban los colonos (los españoles americanos), que si bien integraron la población colonial en general, no estuvieron al margen de los beneficios, aun cuando entre ellos hubo estamentos y desigualdades y acabaran en bloque repudiando su situación de dependencia. Fue la población propiamente americana, la indígena y, junto con ella, la negra arrancada del Africa, la

verdadera base económica productiva y el sector que sufrió la máxima violencia en todo sentido. Por cierto que si nos dirigimos a los cuarenta millones de indígenas americanos que constituyen en nuestros días parte significativa de nuestra población especialmente en los países hispanoamericanos de fuerte base indígena, no van ellos a proponernos una “celebración” de la explotación y muerte de sus antepasados, ni la marginación y destrucción de sus culturas, ni menos aun caer en el absurdo lugar común de hablar de “madre patria”, y todavía menos de un “día de la raza”.

Por otra parte se ha intentado justificar todo ese mundo colonial recurriendo a un complejo de valores. Uno de ellos, el religioso que habría permitido a una humanidad “pagana”, ingresar en el mundo de un determinado tipo de “salvación” y, junto con esto, el de un lenguaje noble de por sí y del que luego hablaremos en particular. Pues bien, nada de eso tiene valor por sí mismo y cualesquiera que hubiera sido el conquistador habría recurrido a los mismos esquemas justificatorios puestos en marcha por la España de la época y sus beneficiarios en la Península y en Hispanoamérica. Si España fue, por ejemplo, el “escudo de la catolicidad”, pues, la Alemania de Lutero fue “escudo” de otros valores igualmente defendibles y así sucesivamente. Todos hablaban directamente con la divinidad y tenían su bendición como pueblos portadores de una cultura avanzada y en tal sentido potencialmente “civilizatoria”. Y cada uno de esos pueblos hablaba, además, el más hermoso lenguaje del mundo.”

Roig continúa explicando que:

“[...] lo cierto es que desde hace cinco siglos un conjunto de sociedades humanas, con todas las miserias que puedan señalarse, comenzamos, para bien o para mal, a vivir una historia compartida, aun cuando no siempre hayamos tenido el mismo lugar en ella. Es cierto, asimismo que esa historia la hemos ido haciendo en buena medida con herramientas culturales comunes con las que nos identificamos y nos interrelacionamos de modo directo y, cómo no decirlo, también de modo fraterno. Pues bien, frente a todo lo que venimos afirmando diremos dos cosas que nos parecen de fundamentalísima importancia y que nos permiten sentarnos ante una mesa no a “conmemorar”, ni menos aun a “celebrar” un pasado que únicamente merece ser estudiado para enriquecer nuestra memoria histórica crítica. Una de ellas es la que los bienes culturales no

valen por sí mismos, sino que son profunda y radicalmente históricos y la otra, que esos valores culturales valdrán humanamente en la medida en que los sepamos hacer valer por haberlos asumido desde nosotros mismos como sujetos de nuestra propia historia y con un espíritu liberador. No vamos, pues, a caer en el absurdo de una justificación *post- factum*, sino que lo que ha de hacerse es asumir cada vez de nuevo la historia desde ese quehacer ineludible que es el de la reapropiación constante de los “legados” sin caer en su hipóstasis. Y en esa tarea de más vida, nos vamos a encontrar hermanados genuinamente con todos aquellos otros pueblos que se identifican, como nosotros, mediante herencias culturales comunes y, entre ellos, con todos los pueblos de España, esos mismos que hoy en día han comenzado a hacer precisamente su historia, rompiendo con formas de un colonialismo que ellos, a su modo, también padecieron. [...]”

*Aclaración: Se respetó la ortografía de la fuente documental.

Roig, Arturo Andrés. “Encuentro de culturas”, en Revista *Problemática indígena*. Ecuador: Editorial Freddy Ordóñez Bermeo, 1992.

Especial Efemérides. 12 de Octubre. Dirección de Producción de Contenidos. DGCE.